

Madera tenía que ser para que, quienes lo llevan, costaleros de las calles más imposibles, se sientan “*astillas vivas de Dios*”. Nuestros Cristos tenían que ser de madera, para que las heridas del tiempo permanezcan marcadas a fuego en el rostro, oscureciendo su semblante dentro del **Sepulcro** de carey y plata, o produciendo la **Amargura** de su escorzo bajo el peso de ese madero revestido de taracea que recorre en Vía Crucis San Juan de los Reyes cada Martes Santo. De madera tenían que ser, porque en la madera se quedan plasmados los besos de los hijos que adoran el drama de su **Buena Muerte** en la Avenida de la Constitución, o en la calle Elvira donde, con los pies bamboleantes, bendice con suma dulzura a los niños hebreos sentado en su **Borriquilla**, o por la calle Arandas, donde el Señor **Cautivo**, aún solitario en su paso, recorre el viejo barrio del Boquerón bajo el sutil cimbreo de un olivo. No hay peor cautiverio que el de la soledad forzosa.

Aquel remoto, distante y estilizado Cristo pintado en los antiguos iconos bizantinos, o representado en piedra en las viejas catedrales románicas, en Andalucía, tenía que ser de madera para que José de Mora modelara su Cristo crucificado en 1688, con tal emoción, que la suya parezca realmente una marfilina carne trémula carente de vida; y para que Risueño le asiera unos clavos en las palmas de las manos al Señor del **Consuelo**, cuya gitana madera vibra y se enrojece, año tras año, caminando entre unas hogueras que convierten al Miércoles Santo en otro nuevo milagro del Mar Muerto: la vida se abre paso entre la muerte, que siempre aguarda al acecho.

En Granada, el rezo al Hijo de Dios es tan poderoso que se obra el milagro de que la piedra se transforme también en madera, por eso el cofrade no realiza distinción alguna para solicitarle **Favores** a quien pende de la cruz. Ambos crucificados, teniendo similar advocación, son el mismo Padre bondadoso que escucha las plegarias de los granadinos: es uno más de los milagros de nuestra fe.

Un nuevo milagro se obró
surgido de las pasiones.
Tornó en madera la piedra
merced a las oraciones.

Las ofensas se olvidaron
y brotaron los perdones
para que Cristo se erija
redentor de pecadores.

Cuando llega el Viernes Santo
su sangre se cuaja en flores
y el Realejo es un bendito
epicentro de fervores.

Allí acude mi Granada
a contarle sus dolores
y la piedra no retiene
sus clavos libertadores.

Sobre miles de cabezas
que le confían sus amores
yo he visto ir caminando
al Señor de los **Favores**.

Necesitamos tanto verte, Señor... Necesitamos tanto tu cercanía, que tenías que ser de madera porque en sus nudos -como en nuestras cicatrices- queda reflejado el tiempo que cada cual va viviendo: los percances, las miserias, los errores y las esperanzas.

Hay quienes nos acusan con facilidad a los cofrades de “*idólatras*” porque, según dicen, rezándole a la madera adoramos “*becerros de oro*” como el del Antiguo Testamento. Contaba Antonio Machado que “*todo lo que se ignora, se desprecia*”. No, señores, no. No hay nada de malo en querer ponerle un rostro al Hijo de Dios para familiarizarnos con quien habita en el Sagrario, y nuestras imágenes no son asépticas estatuas museísticas: son imágenes devocionales ideadas para la cercanía del creyente y para rendirle culto a Jesús y a su Bendita Madre a través de esos rostros. No hay, por tanto, nada de malo en querer besar los pies desnudos a un Cristo, como quien besa diariamente a quien le dio la vida. Ponerle rostro a la fe ayuda a acercarla a lo cotidiano, a familiarizársela a los niños, a fortalecerla en quienes están lejos y a convertirla en algo más tangible.

Por eso, desde este atril que hoy ocupo yo siendo la voz de miles de granadinos, y con toda la fuerza que me trasmite la fe de mi Iglesia heredada de nuestros mayores, pido respeto para nuestra forma de creer, sentir y buscar a Dios en lo cotidiano a través de la madera. Más allá de ideologías políticas o existenciales, pido respeto para nuestra Semana Santa proclamando a los cuatro vientos que nuestra forma de vivir la fe a través de las Hermandades no daña a nadie, y que no somos idólatras, no, porque absolutamente todos pertenecemos a la Cofradía que más hermanos tiene en el mundo: la Iglesia Católica. Las Hermandades y Cofradías, además de sus hermosas imágenes tienen también un amplio trasfondo de ayuda social, y están llenas de voluntariado y de generosas y necesarias obras asistenciales que tan sólo hay que querer conocer para dejar de ignorar.

Al entrar en un templo y ver la lámpara sacramental prendida junto al Sagrario, yo primero me dirijo hacia él para orar ante el Señor, y después me acerco también a la capilla para rezarle a mi Cristo de madera, sí: a esa bendita madera